

á error cuando leen por ejemplo en las genealogías de las crónicas griegas que uno de los primeros reyes de Arcadia fué hijo del dios Júpiter, máxime cuando la investigación mas pequeña sobre la filiación natural de este rey basta para hallar el nombre de su verdadero padre con la misma facilidad con que se encuentra el del padre de Alejandro Magno, aunque algunos le supusieron también descendiente de Júpiter.

A cualquier tiempo á que nos remontemos para considerar de cerca la historia, nunca la encontraremos en ningún pueblo compuesta de relaciones puramente homogéneas. Hasta las de la Biblia contienen maravillas, que sin embargo la filosofía religiosa explica, combinando los principios de diversas consideraciones de un orden trascendental, y principalmente motivando las infracciones hechas de este modo en el curso ordinario de la naturaleza. Los tiempos mas antiguos de la historia griega están mezclados con teogonías que nos muestran los extravíos de la idolatría en que cayeron las naciones, dispersas á causa de las continuas emigraciones, lejos de la cuna de las primitivas tradiciones de la unidad del Criador. Desde Herodoto en adelante la historia dramática y filosófica salpicó de ficciones novelescas sus cuadros y discursos; y aun las crónicas de la edad média, tan inmediatas á nosotros, introdujeron en los hechos sencillos que referían episodios de superstición casi mitológica. ¿Qué mas? nuestra historia contemporánea no está exenta de artificio, porque supone muchas veces en los ilustres personajes intenciones no expresadas en las fuentes históricas.

Sin embargo, los filósofos escépticos que disputan á la Biblia la realidad de los hechos sobrenaturales, no por eso dejan de admitir la certeza de las genealogías de sus patriarcas; el que rechaza la mitología que va unida á la genealogía de Alejandro Magno, no pone en duda la enumeración histórica de sus mas próximos ascendientes; la evidente suposición de los discursos atribuidos á Solon y Cambises, no hace tener por fingidos á estos personajes; y en fin, las supersticiones inherentes á muchos sucesos referidos en las crónicas de los últimos tiempos, no harán tener por mentira el asedio de una ciudad ó la invasión de una peste asoladora.

Es, pues, injusto el escepticismo cuando para desacreditar las antiguas crónicas griegas, busca en las narraciones de nuestros tiempos, aun mas susceptibles de alteración por las ficciones de la elocuencia y de la filosofía, las severas condiciones á las cuales pretende someter el examen de aquellas crónicas.

Freret en la *Defensa de la cronología contra Newton*, ó en la *Memoria sobre el estudio de las historias antiguas y sobre el grado de certeza de sus pruebas*; y Bougainville en las *Consideraciones generales sobre las antigüedades griegas de los primeros siglos*, han probado sólidamente la certeza de los tiempos mas remotos; y los mas sanos juicios están de acuerdo en reconocer con el victorioso antagonista del filósofo inglés, que la verdadera cronología es la de la Biblia. Bayle, sin embargo, dominaba en la literatura polémica, y Lock, pocos años ántes habia tratado de desacreditar la prueba testimonial y principalmente la de los antiguos historiadores, cuando Freret creyó deber oponer á las crecientes ilusiones de la filosofía de la duda, las reflexiones generales contenidas en este pasaje.

« La filosofía ha ilustrado y dirigido á la crítica, enseñándola á dudar y á suspender el juicio, y haciéndola escrupulosa en punto á la elección de pruebas y al examen de su fuerza. La crítica debe, pues, mucho á la filosofía. Sin embargo, como el exceso en las mejores cosas puede llegar á servicio, temo que la filosofía haya hecho concebir en ciertos casos demasiados escrúpulos y excesiva timidez á la crítica. Nuestros padres pecaron de crédulos, y nosotros cayendo en el extremo opuesto dudamos

absolutamente de todo, gloriándonos de esa filosofía peligrosa cuyo único objeto es destruirlo todo sin establecer nada. A nuestros padres era preciso demostrarles la falsedad de muchas obras manifiestamente supuestas; hoy es necesario probarnos á nosotros la verdad de las historias mas indudables. »

Esto decia Freret en la Academia de inscripciones en el año de 1724, y en 1702 Bayle, por una de las contradicciones que le eran habituales, habia dicho: « Se puede comparar la filosofía á aquellos polvos corrosivos que después de haber consumido la carne mala de una herida, comen la carne viva y destruyen hasta la médula de los huesos. La filosofía, primero refuta los errores; pero si no se detiene aquí, llega á combatir la verdad, y si se la abandona á su fantasía, va tan lejos que concluye por no saber dónde está ni dónde detenerse. »

Pero Bayle mismo tendia al pirronismo hasta el extremo de querer destruir la certeza histórica de los testimonios contemporáneos. No habia llevado Lock á este exceso el descrédito de los testimonios; pero él fué quien hizo desestimar mas que todo las pruebas históricas, aunque asegure lo contrario en el pasaje que voy á transcribir por las consecuencias que hoy todavía deducen algunos de las razones especiosas que contiene.

« Segun una regla de la legislación inglesa, aunque el documento de un acto reconocido como auténtico por testigos hace prueba, la copia de este documento por mas que esté testimoniada, no es admitida como tal prueba en juicio. Los testimonios pierden, pues, en fuerza y autoridad cuanto mas se separan de la verdad original.

« Verdad original llamo yo la existencia de la cosa misma. Un hombre fidedigno que da testimonio de saber una cosa, es buena prueba; pero si otra persona igualmente fidedigna la asegura sobre la palabra de aquel, la prueba es mas débil, y mas aun la de un tercero que atestigua una cosa misma; de modo que en las verdades que vienen por tradición, cada grado de apartamiento de la fuente disminuye un grado de fuerza á la prueba, y cuanto mas pasa sucesivamente una tradición por varias manos, tanta menos fuerza y evidencia tiene.

« No pretendo disminuir la autoridad y el uso de la historia, que nos da toda la luz que tenemos en ciertos casos, y de la cual con evidencia convincente recibimos gran parte de las verdades útiles que llegan á nuestro conocimiento. Nada creo mas estimable que las memorias que nos han quedado de la antigüedad; y ojalá que tuviésemos mas, y menos corrompidas; pero la verdad me hace decir que ninguna probabilidad puede ser superior á su propio original. Lo que se apoya en un solo testigo debe sostenerse ó ser destruido únicamente por este testimonio, sea bueno, malo ó indiferente; y si cien personas lo citan una despues de otra, lejos de adquirir fuerza su verdad, se debilita. La pasión, el interés, la inadvertencia, una falsa interpretación del sentido del autor, y mil causas extrañas que impulsan al espíritu humano y que son imposibles de descubrir, pueden hacer que uno cite falsamente las palabras ó el sentido de otro. Todo el que ha parado mientes en las citas de los autores, habrá advertido la poca fe que estas merecen cuando faltan los originales; por consiguiente, aun se debe desconfiar mas de las que son citas de citas. »

¿No conduciria esta doctrina al pirronismo absoluto? En primer lugar la aplicación que hace Locke del hecho de no admitirse en juicio la copia, aunque auténtica, de un acto original, ¿prueba acaso que un testimonio histórico tenga menos fuerza y autoridad cuanto mas se acerca á la verdad original, que segun Locke es la existencia de la cosa misma? En materia de crítica histórica no se debe aspirar mas que á

producir el sentimiento de una confianza racional; pero en punto á justicia legal, se necesita una certeza mucho mas fundada, pues que se trata de intereses personales diametralmente opuestos, y deben ser contradictoriamente discutidos en presencia de las partes interesadas: Cuando Ferecides copiaba las genealogías reales de Argos, la Grecia tenia en otros puntos otros monumentos originales de estas genealogías y podia copiarlos como él; no sucede lo mismo con los actos públicos ó transacciones ante escribano, que no tienen como los antiguos monumentos un carácter siempre patente de notoriedad pública. Así el senado romano no vacilaba en admitir la copia de las inscripciones como prueba cierta, aun cuando se tratase de cuestiones de propiedad. (Tacito, *Anal. IV*, 43.)

Locke manifiesta también no haber conocido suficientemente cuanto debilita su razonamiento, comparando con la fama los testimonios de la historia. Ciertamente que las citas de citas van deteriorando progresivamente la verdad; pero el peligro de errar es mucho menor cuando se trata de copias de copias, por larga que sea su sucesión, y principalmente siendo copias de la historia simple. Ni las pasiones ni los intereses pudieron en efecto entrar para nada en la copia del primer monumento de la genealogía de los reyes de Argos, y especialmente en las que se hicieron despues que esta estirpe habia dejado hacia mucho tiempo de reinar. Si se hubiera introducido algun error en la copia de Acusilao, todos los demas copistas siguientes se habrian creído en el deber de enmendarlo, pues que siendo públicos los monumentos copiados, todos podian acudir á ellos. La escala, pues, de decrecimiento establecida por Locke, no puede parecer racional sino á los que creen que las tradiciones históricas estriban solamente en la memoria, pero esta teoría está suficientemente desacreditada en cuanto á la historia simple.

Veamos á qué consecuencias tuvieron que llegar los partidarios de la opinión de Locke. Los primeros que la adoptaron fueron los matemáticos, cuando el Escocés Juan Craig se imaginó que aplicando la teoría de las combinaciones á los diversos grados de persuasión y de certeza histórica propuestos por Locke, se podria determinar hasta la época del fin del mundo, que segun él debia verificarse 1454 años despues del momento de su profecía matemática.

Por fortuna, Freret habia previsto los delirios de la imaginación calculadora, cuando señalando los límites de que no deben pasar las ciencias exactas, se expresaba en estos términos: « El estudio de la geometría y de las matemáticas es hoy el predilecto entre muchos buenos ingenios; estas ciencias parece que ocupan actualmente el primer puesto, y los que se dedican á su cultivo afectan gran desprecio á las demas á que se aplican los literatos. Yo no pretendo desacreditar las matemáticas; conozco en qué consiste su excelencia; pero no sé por qué fatalidad estas ciencias tan útiles y necesarias para regularizar nuestros conocimientos, no solo no nos sirven de nada para dirigir nuestra conducta en los casos prácticos, sino que pueden perjudicar, cuando ingenios demasiado vivos quieren aplicarlas á materias que no son de su jurisdicción.

« La geometría no admite mas que la perfecta certeza ó la de las proposiciones idénticas, que uniendo dos términos sinónimos afirman que uno y otro indican la misma idea. Las demostraciones mas largas no hacen sino llevar por grados los teoremas y las aserciones á proposiciones idénticas á los primeros axiomas; de donde nace que quien está habituado á este procedimiento geométrico, no sabe encontrar otra certeza mas que la de proposiciones idénticas; y véase por qué los mayores talentos suelen ser los que mas se extravían, considerando como falso ó incierto todo lo que no tiene una certeza perfecta.

« Ahora bien, las ciencias mas importantes al hombre, como la moral, la política, la medicina, la crí-

tica, la jurisprudencia, no son susceptibles de esta certeza idéntica de las demostraciones de geometría; cada una de ellas tiene su dialéctica aparte, como observa Leibnitz, y sus demostraciones no pasan nunca de la mayor probabilidad, si bien esta tiene tal fuerza en semejantes materias que los hombres racionales no dejan nunca de someterse á ella. Describiria por otra parte estas ciencias quien quisiera aplicarles la teoría de las combinaciones, bajo pretexto de que pudiendo calcularse las probabilidades, es lícito considerarlas como números, y fácil por consiguiente determinar sus relaciones. »

Aquí Freret dice cuanto basta para demostrar la inutilidad de los cálculos matemáticos aplicados á la crítica histórica; pero no habiendo podido adivinar la comparación imaginada un siglo despues para sostener la misma pretension, dejó que otro aplicase á todos los desvarios de igual género los principios generales expuestos en las anteriores líneas. Tal es la demostración deducida no hace mucho de una comparación de óptica, en que se pretende asimilar « la degradación de la probabilidad de los hechos (históricos), cuando se ven al traves de muchas generaciones sucesivas, á la disminución de la claridad de los objetos á consecuencia de la interposición de muchos vidrios. »

En esta comparación se concibe fácilmente el efecto producido sobre el órgano de la vista por la multiplicación de los vidrios; pero ¿quién concibe que del alejamiento de los hechos históricos pueda resultar un efecto semejante sobre la vista intelectual? Es verdad que las circunstancias de los hechos desaparecieron de nuestra antigua historia por efecto de las sucesivas copias de sus abreviadores, y que la pérdida de muchas crónicas puede disminuir para nosotros el número de los objetos de comparación y privarnos de motivos de confianza, que su conservación habria multiplicado; pero todas estas pérdidas, ¿pueden descomponer un hecho sencillo? No es posible imaginarlo sino suponiendo que la historia en su principio se redujo á pura memoria; ¿y se podrá creer esto nunca, cuando se trate de hechos tan sencillos como el origen de una colonia, ó el tiempo de su fundación, el nombre de un fundador, un matrimonio con una princesa de otra dinastía, el orden establecido en la sucesión de las líneas, y tantos otros hechos tan simples, que bastan muy pocos caracteres para fijar sus contornos? Ahora bien: en esto precisamente consiste la historia simple ántes de la guerra de Troya.

Y aunque se hubiesen descompuesto las tradiciones orales, podria haber sucedido lo mismo respecto de las crónicas, esculpidas necesariamente en tiempos antiguos? Cuando, por ejemplo, Suidas refiere que el padre de Acusilao habia hallado en sus tierras las genealogías de Argos, grabadas en tablas de bronce; cuando su hijo las publicó 600 años ántes de nuestra era; cuando diez siglos ántes que Suidas hubiese sacado esta antigua narración de alguna historia hoy perdida, era citado Acusilao por Ciceron y Dionisio de Halicarnaso como un antiguo cronista que habia copiado puramente los monumentos, ¿cómo podia disminuirse la certeza histórica en el espacio de tiempo transcurrido desde la edad desconocida en que se supusieron grabadas estas genealogías y aquella en que vinieron á descubrirse? ¿Cómo creer que se habian perpetuado por solo la tradición oral estas genealogías, cuando, por ejemplo, Ciceron las leía todavía íntegras en las copias de las copias de Acusilao? La certeza de los mármoles de Páros, que nos ofrecen un curso de historia continuado por espacio de 1318 años, certeza esculpida en un monumento del año 263 á. C., se habria disminuido en este caso despues de los 2090 años que llevan de existencia. Estas reflexiones bastan para demostrar que los últimos siglos que median entre nosotros y el año 263 á. C., no deben compararse á una serie de vidrios.

Resulta, pues, que en los diversos principios sobre los cuales se funda la escala decreciente de la certeza histórica, debe por lo menos rebajarse del cálculo el tiempo de duración de los monumentos esculpidos que aun nos restan, y aun de aquellos que son citados como tales y como vistos por Herodoto, Ciceron, Tácito y Dionisio de Halicarnaso. Por tanto me atrevo á decir, sin temor de que se me trate de temerario, que aunque para el conocimiento de los tiempos mas antiguos de Grecia no nos quedase otra cosa sino los mármoles de Páros, los fragmentos de genealogías copiados de monumentos por Ferécides y Acusilao, y en suma, el testimonio de los autores que declaran ser esta la primera fuente de las copias hechas por aquellos primeros cronistas, esto bastaría para establecer una armonía satisfactoria entre los primeros tiempos de la historia de Argos y de Atenas; y para dar á la crítica las reglas mismas que los arquitectos modernos saben sacar del descubrimiento del capitel y de un intercolumnio para deducir las proporciones de un templo arruinado. Veamos ahora á qué redujeron los alegoristas las cuestiones sobre el examen de esta certidumbre.

La sana crítica degeneró hasta el punto de producir una obra, en la cual se quería probar que « cuanto Herodoto, Maneton, Eratóstenes y Diodoro refieren de los Egipcios hasta el fin del cautiverio de los Judíos en Babilonia, es, fuera de las descripciones, una traducción llena de errores y groseros defectos, hecha ó mandada hacer por los Egipcios, de los pasajes de la Biblia que les conciernen, con los cuales se formaron una historia. (*His. des temps fabuleux*, t. III, p. 345.)

Por consiguiente, el autor prometía probar que los Titanes significaban los días de la creación; que los siete hijos de Minos se hizo dar en tributo, eran los hijos de Arahán, separados de su legítimo patrimonio; que la cabeza de Medusa era la vara de Moises, y que de las batallas de Moises, Josué y los Jueces formaron los Griegos sus tiempos heroicos.

Así se llegó á suponer que ni aun los personajes de la antigüedad habian existido. Pero la filosofía escéptica se habia propuesto minar los cimientos de la historia: el autor del *Origen de todos los cultos* pretendió primero que convenia reconstruir el edificio sobre otras bases, declarando que la astronomía era la única que contenia los elementos de los primeros tiempos de la historia griega, y que muchos de los mas antiguos personajes eran puras alegorías. Por consiguiente, en la parte de su trabajo que distinguió con el nombre de *Religion universal*, despues de analizar el poema de los Argonautas, dice:

« Véase aquí un acontecimiento que se supone histórico y que desde muchos siglos hace ha sido mirado como una de las épocas astronómicas mas importantes, pero que no es época sino en los anales eternos de la naturaleza. Otro tanto sucederá respecto de la guerra de Troya, pues que su rey Priamo fué puesto en el trono por los Argonautas. » Despues sigue: « Por tanto las bases de la historia griega se hundirán como las de nuestra historia sagrada, cuando demostremos que las naves de Jason y la de Noé son la misma constelación. » Y concluye: « Así como la vuelta de la luz á nuestro horizonte hace desaparecer las fantasmas é ilusiones de la noche, del mismo modo las luces de la filosofía y de la ciencia desvanecen los fantasmas cronológicos, á los cuales quieren referirse todos los hechos de la historia real y conocida. Así en todos los tiempos y países la erudición ha procurado dilatar los límites de su imperio, mostrando querer extender también los de la historia. »

Solo algun tiempo despues se demostró la falsedad de un sistema que negaba 4,000 años de antigüedad continua á la historia para crearse mas libremente en el vacío 18,000 años de historia astronómica, bajo la

fe de un monumento de escultura cuya significación imaginaria está hoy plenamente probada. Ahora todo concurre á reducir la historia humana á sus justos límites y á dar á la crítica histórica los únicos derechos legítimos que tiene. Una serie de grandes y exactas observaciones geológicas ha confirmado el testimonio de la Biblia, no ofreciendo nada contrario á su cronología; al paso que las observaciones hechas en el Delta egipcio no permiten dar á los monumentos antigüedad mayor que la de la cronología comun.

Sin embargo, no cayeron con los paralogismos astronómicos todas las preocupaciones de los alegoristas; antes bien aparecieron bajo otra forma en las observaciones aisladas de muchos literatos, y especialmente de aquellos que mejor comentaron á los clásicos. Cuando encontraban en las narraciones de la alta antigüedad nombres significativos, por ejemplo, *Piranto, Enotro, Armonia, Miles* ó nombres geográficos como *Libia, Méfis, Egipto, Armenia, Medo, Perso, Cilice* y otros que en su concepto no eran mas que denominaciones geográficas, personificadas por los poetas, desconfiaban de la sinceridad de las crónicas que nos han transmitido las genealogías en que estos aparecen. Pero si poco á poco en las genealogías, por ejemplo, de los reyes de Francia desapareciesen los verdaderos nombres de estos príncipes, no quedando mas que los sobrenombres significativos de que en estas listas van acompañados, ¿podría alguno de aquí á muchos siglos considerarse con derecho para decir que los nombres de *bueno, calvo, tartamudo, gordo, joven, largo*, no podían pertenecer sino á seres meramente mitológicos y supuestos?

Otro tanto debe haber sucedido con los sobrenombres relativos á la mas alta antigüedad; y los casos en que la historia nos explica la ocasion ó los motivos de estos sobrenombres, deben explicar los que han quedado sin interpretación. Así Piranto, hijo de Argos, no era en Grecia considerado como una mera ficción mítica, pues que una tradición constante referia que habia esculpido en madera de peral la estatua de Juno. Una cosa análoga habia sucedido respecto del sobrenombre de Miles, rey de Esparta, que significa rueda de molino, pues que la tradición griega refiere que este rey habia inventado el arte de moler el grano en Arcadia. Enotro introduciría el cultivo de la vid en Italia y la celebridad popular del sobrenombre habra hecho perder la memoria del nombre verdadero.

Es costumbre de todas las naciones civilizadas tomar los nombres de los grandes personajes de las ciudades y de los países; los príncipes de las casas reinantes en Europa tenian nombres topográficos ó geográficos; los generales de nuestro tiempo no son conocidos ya sino bajo denominaciones análogas; ¿por qué no ha de haber sucedido lo mismo en lo antiguo?

En los tiempos mas remotos no podria señalarse un poeta trágico que causase estas alteraciones; y así para admitir la probabilidad de la conversión de tales ficciones en historia, debería suponerse que los primeros tiempos de la historia griega no han pasado de meros recuerdos en el espacio de muchos siglos, sin que nadie pensara en ponerlos por escrito hasta largo tiempo despues. Pero esta hipótesis está refutada por sí misma con la suposición de que un recuerdo originariamente real, positivo, nacional, importante, habria tenido en todas partes medios de conservarse puro é intacto. Sin embargo, ya que algunos han temido que en el largo intervalo entre la época señalada al hecho y la de los libros que lo refieren, haya habido ocasion de dar á simples ficciones el carácter de una memoria, conviene examinar cómo pudieron perpetuarse los sucesos antiguos por una tradición de meros y simples recuerdos.

El autor de este escrito ha reunido las relaciones contestes de quinientos sesenta personajes, con las

cuales averiguó la exactitud de trescientos veinte hechos sencillos. ¿Y cómo habrían podido conservarse en la memoria de los Griegos tantos hechos combinados, si no hubieran sido escritos ó grabados sucesivamente desde los tiempos mas antiguos? El que pretende que los poemas de Homero se han conservado por largo tiempo meramente en la memoria, puede alegar el influjo de la armonía y de la cadencia; pero tratándose de nombres continuamente divididos y subdivididos en diferentes ramas, ¿puede creerse esto posible?

En los 721 años que mediaron entre el origen de la historia griega y la guerra de Troya acaecieron cinco invasiones: la de Danao en Argos, la de Deucalion en Tesalia, la de Cecrope en Atenas (pues que se cree que era extranjero), la de Lélege en Megara y la de Arcade en Arcadia. El primer efecto de la dominación de Danao fué el cambiar el nombre del país; y lo mismo sucedió respecto de Arcadia. Lo que demuestra mas directamente cuán poco fundada es la opinión de los que creen que la historia antigua no ha tenido por espacio de muchos siglos otro medio de conservarse sino los simples recuerdos, es que la historia misma, con el cuadro de sus desparramados elementos, indica que estas invasiones fueron las causas evidentes de la pérdida de muchas genealogías antiguas. Ahora bien: ¿cómo suponer que la serie de las dinastías griegas se habria podido conservar solamente en la memoria, cuando por el contrario vemos que cada invasion interrumpia de golpe la serie de las dinastías desposeídas por ella? Debe, pues, creerse que la historia antigua de Grecia tuvo en todo tiempo medios escritos para perpetuar la memoria de los sucesos principales que la componian de siglo en siglo.

¿Nos ha quedado noticia de ellos?

Entre Homero y Cadmo de Mileto, el primero que escribió historia en prosa, aparecieron muchas en verso, que demuestran la solicitud de los Griegos para conservar, de un modo mejor que con tradiciones orales, las memorias mas sencillas y mas importantes de su antigua historia. Las genealogías cantadas por estos poetas no eran consideradas como poesías de invención: tenian su crítica, y en ellas se leía que Orétes, hijo de Agamemnon, habia sido preferido para el trono de los Laconios, porque Megapente y Nicostrato eran hijos de Menelao y de una esclava.

En el siglo de Pitágores de Mitilene, Tales, Solon, Esopo, Anacreonte y otros, se publicaron en Grecia crónicas, propiamente dichas; pero ¿se trataba entonces de reunir meras tradiciones orales ó de copiar monumentos esculpidos? Para saberlo, conviene comparar estos pasajes de Dionisio de Halicarnaso, Ciceron, Varron y Tácito.

Dionisio dice: « Muchos historiadores antiguos han existido en muchos lugares ántes de la guerra del Peloponeso.... Habiéndose propuesto todos igual objeto en la elección del argumento, difieren poco entre sí en el ingenio con que lo tratan. Compiendo la historia de los Griegos ó de los Bárbaros no pusieron la mira en unir las ambas, sino que las presentaron aisladas y divididas por pueblos y ciudades. Así no se distraían jamas de su único objeto, que era poner en conocimiento de todos, sin añadir ni quitar, las memorias conservadas entre los naturales, relativas á naciones, á ciudades, » y estampadas en escritos sagrados y profanos. Algunas fábulas se mezclaron con ellas, fábulas que habian sido creídas por sus antepasados, así como algunas catástrofes teatrales que á nuestros contemporáneos parecen en extremo necias.... »

De aquí resulta que las tradiciones no se conservaban puramente en la memoria; que los primeros copistas de las inscripciones las conservaron enteras; que de las crónicas, siendo locales, no se podían deducir sino hechos locales; y que se conocían

como tales fábulas las que entre las memorias se habian introducido, si bien se conservaban por fidelidad.

Quien tenga duda sobre la voz *μνημα* usada por Dionisio, puede ver lo que dice Ciceron en el libro II del Orador, donde se leen estas palabras: « La historia en su principio no se compuso sino de anales compilados sencillamente. Para fijar así la memoria de los hechos desde el origen de Roma hasta el pontificado de Publio Mucio (93 á. C.), todos los hechos de cada año se escribían por el gran pontífice en tablas que colgaba en la fachada de su casa para que el pueblo los supiera; y de aquí nacieron los grandes anales. Muchos imitaron este modo de escribir para transmitirnos sin ningún alor no los monumentos sencillos de los tiempos, de los hombres, de los hechos. Tales fueron entre los Griegos, Ferécides, Helánico, Acusilao y otros; tales entre nosotros Caton, Pictor, Pison, los cuales no se cuidaban de adornar sus narraciones, con tal que fuesen bien comprendidas las cosas de que daban cuenta, y por lo mismo no aspiraban á otro mérito mas que al de la concisión. »

Muchas autoridades nos demuestran el cuidado que se tenia de conservar en las lápidas las genealogías y las fechas de los sucesos; y Polemon Periegetes, en el siglo III á. C., reunió un gran número de ellas; dando así una prueba mas de los hechos, aun á los que no tenian tiempo de investigarlos en los diversos sitios que ocupaban los monumentos. Y cuán antiguas eran las inscripciones, lo demuestra por otra parte el verlas citadas por Herodoto; Filomela, hacia el año 1430 á. C., escribió la historia de sus males bordándola en un manto; en el año 1133, los Etruscos tenian registros de nacimientos y defunciones; Dionisio de Halicarnaso habia visto un tripode con inscripciones del tiempo de Troya; ¿qué mas? el senado romano admitió como prueba, reinando Tiberio, inscripciones del tiempo de los Heráclidas, de cerca de 1160 años. Tácito refiere el hecho de esta manera:

« Se dió audiencia á los diputados de Esparta y de Mesenia que litigaban sobre la posesión del templo de Diana Limnátida, pretendiendo aquellos que habia sido dedicado por sus padres en su propio territorio, » y presentando en comprobación el testimonio de sus anales y de sus cánticos sagrados. Los Mesenios alegaban por su parte la antigua repartición del Peloponeso entre los descendientes de Hércules, por la cual el campo de Deutelio en que está situado el templo, tocó á uno de sus reyes. La memoria de este hecho estaba esculpida en antiguos monumentos de piedra y de bronce todavía subsistentes. El pleito fué decidido en favor de los Mesenios. »

Si para probar la fundación de un templo diez y ocho siglos hacia, se presentaron inscripciones reconocidas por originales, y que ya tenian once siglos de antigüedad, ¿quién podrá dudar que existieran otros monumentos aun de siglos mas antiguos, y principalmente documentos de la historia sumaria mucho mas importantes, como genealogías reales y sucesiones de dinastías? Acaso antiguamente las inscripciones estaban grabadas en plomo como dice Jove, y de lo cual presenta un ejemplo Pausánias.

No es, pues, de creer que la historia griega de los tiempos primitivos se redujera á simples tradiciones orales y fugitivas, y por otra parte, todo prueba que los cronistas del siglo VI copiaron en los templos los monumentos de historia con las mismas notas cronológicas que necesariamente acompañaban á cada nombre ó hecho, regulando los tiempos segun la sucesión de los sacerdotes. Dionisio de Halicarnaso dice á este propósito:

« Tucídides no dividió su historia segun los lugares en que acaecieron los sucesos, como habian hecho Herodoto, Helánico y otros historiadores precedentes; ni el orden de los tiempos segun el método seguido

» por los que, publicando historias locales arreglaron la narración, ó por series de reyes y sacerdotes, ó por olimpiadas ó por magistraturas anuales.»

Esto demuestra suficientemente cuántos medios tuvieron los antiguos á su disposición para averiguar los tiempos de su historia aun en los siglos más remotos.

(D) pág. 225.

EL BUDDISMO.

Klaproth, en las *Memorias relativas al Asia*, publicó una vida de Budda según los libros de los Mogoles; y gustará ver en el siguiente extracto cómo concebían ellos la historia.

La historia de Budda está dividida en doce épocas:

- 1ª Su origen en el imperio de los dioses;
- 2ª Su concepción en el seno de una mortal;
- 3ª Nacimiento;
- 4ª El crecimiento en la vida y en la sabiduría;
- 5ª El matrimonio y el esplendor real;
- 6ª El abandono del mundo;
- 7ª Vida eremítica;
- 8ª Su aparición bajo la higuera, donde cumplió la penitencia, y fué reconocido santo por excelencia;
- 9ª El principio de su predicación en el templo de Varnasi (Benares), donde habían vivido los primeros maestros del género humano;
- 10ª La victoria sobre los seis jefes de los *Ter* ó adoradores del fuego;
- 11ª Fin de su carrera terrenal;
- 12ª Sepultura de su cuerpo.

Cuando Sakia Muni vino al mundo, florecía en el Bahar meridional el poderoso reino de Magada, que se extendía por todas las provincias situadas á orillas del Ganges. Los Birmanes (Bramanes) formaban la primera casta de los Indios, y entre ellos descendía la gente de Sakia, Chakia ó Chakcha, compuesta de quinientas familias. De esta raza era Sudadani, rey de Magada, que residía en Koberchara, casado con Maha-mai, la cual, sin haber conocido varón, concibió por espíritu divino un hijo, que llevó en el seno diez meses. Mientras se paseaba con sus compañeras en el jardín, se sintió próxima al parto, y apoyándose en un árbol dió á luz sin dolor la encarnación divina. Al nacer Budda, se lo colocó bajo el brazo derecho sin que tocara á tierra, y lo confió á un rey que había nacido también de una encarnación de *Esrin-tengri* (Brama), el cual lo tomó á su cuidado y lo envolvió en preciosos lienzos. Otro rey, encarnación de *Kur Musta-tengri* (Indra), lo bautizó con agua divina, y le puso por nombre *Arda Sidi*.

Era antigua costumbre en la estirpe de los Sakias llevar todos los varones á un lugar sagrado, rodeado de rocas, para presentarlos á una imagen divina. El niño *Arda Sidi* llegó al indicado sitio acompañado de los grandes del reino, y mientras él adoraba la imagen, se le inclinó esta, con lo cual se convencieron los espectadores de que era un ser prodigioso, que sobrepasaría en santidad á todas las anteriores encarnaciones, y lo adoraron como dios de los dioses. Los maestros le mostraron siempre la veneración debida á una divinidad: treinta y cinco vírgenes se ocupaban en su asistencia; siete lo lavaban todos los días, siete lo vestían, siete lo mecían, siete lo adornaban y siete lo divertían con la música.

A los diez años le dieron por maestro al sabio *Ba Bureubakchi*, que le enseñó la poesía, el dibujo, la música, la medicina y las matemáticas, y al cabo de poco tiempo podía ya el príncipe proponer al maestro problemas que este no alcanzaba á resolver. Quiso también aprender todas las lenguas, como instrumento indispensable para difundir la verdadera religión por todos los pueblos del universo, y como *Ba*

Bureubakchi no sabía más que los idiomas y los alfabetos de la India, el discípulo, que no se saciaba de aprender, llegó á enseñarle cincuenta lenguas extranjeras, con sus caracteres particulares.

Tampoco tenía igual en hermosura. Cuando se paseaba solo á la sombra de las higueras y de los naranjos, se agolpaba el pueblo para admirar las treinta y dos semejanzas en belleza y los ochenta atractivos: y feliz el que podía acercarse, adorarlo, presentarle flores, magníficas joyas y alhajas de oro y de pedrería.

Ya crecido, quisieron los padres casarlo, pero él lo rehusaba, y solo con gran pena consiguieron separarlo de su resolución, y hacer que consintiese, á condición que se pudiese encontrar tan perfecta doncella. Sin embargo, tanto se buscó, que se encontró una princesa de la raza de los Sakias, con todas las cualidades exigidas. Pero como la había solicitado *Deva-data*, tío y enemigo de *Arda Sidi*, vaciló el padre y resolvió concedérsela á quien con sus hechos mereciese la preferencia. *Deva-data* era tan inferior á sus sobrino, que quedó vencido en esta lucha.

Veinte años cumplía Budda cuando se casó; vivió en excelente armonía con su esposa, la cual el año después dió á luz un niño llamado *Rakoli*, y después una niña. No por esto se distraja *Arda Sidi* de la contemplación divina, ántes bien renunciando á todo cuidado mundano, se dedicó á meditar especialmente sobre la corrupción de los hombres. La miseria de sus semejantes excitaba á cada paso su compasión; por lo cual aborreció el esplendor real, y con dolor declaró que los cuatro grados de la miseria humana, (es decir, las penas del nacimiento, de la vejez, de la enfermedad y de la muerte) le amargaban todos los placeres, pues que ningún hombre podía remediarlas. Viendo un día á una mujer de parto, ancianos enervados, enfermos consumidos, moribundos rodeados de amigos afligidos, preguntó á *Chari*, su principal ministro, qué quería decir aquello; y si los individuos, que veía eran los únicos que estaban sujetos á tales calamidades. Habiendo contestado *Chari* que todos se veían sometidos á estas miserias, y hasta él mismo, *Arda Sidi* añadió: ¿Cómo soportaré yo tantos males? ¿Cuál es el medio mejor de librarse del peligro? Contestóle *Chari*, que ninguno podía evitarlo, y que todos estaban sujetos á él, si la fuerza y el ejercicio de la fe no los libraban y preservaban.

Desde entonces se propuso *Arda Sidi* renunciar á su esposa y al mundo. Juzguese cuán consternados quedarían sus padres al saber esta resolución. Dijéronle que era el único vástago de su padre, que el imperio quedaría sin cabeza; que podría dedicarse enteramente á la piedad, en tanto que su padre viviera; pero en vano fué espiarlo para conocer la causa de semejante resolución; en vano ponerle guardias; *Arda Sidi* en presencia de su padre y de toda la corte exclamó: *Adios, padre; entro en el estado de penitencia: renuncio á vos, al imperio, á la esposa, á mi querido hijo. Fuertes razones me impulsan, es un deber sagrado, y no está bien que os opongais á mi resolución.*

Dicho esto, abrazó llorando á su padre, le rogó que le perdonase, pero añadió que no podía cambiar de propósito. Muchos jóvenes de su familia resolvieron proporcionarle un caballo y acompañarlo; pero lo impidió la vigilancia de sus guardas, hasta que finalmente pudo burlar esta vigilancia por medio de *Kur Musta-tengri*, el mismo que lo había bautizado.

Súpose pronto que había ido al reino de *Udipa*, á orillas del *Navasara*, donde vivía con invisibles discípulos, teniendo por cama un empedrado, cubierto con la yerba santa de *guscha*. Él mismo se ordenó sacerdote, se cortó los cabellos, y tomó un traje adecuado

al nuevo estado. En memoria de esto se fundó el *lugar santo del despojo de todo ornamento*.

Habiendo cambiado su nombre por el de *Gotama* (guardavacas), permaneció seis años en la soledad y la contemplación. Algunos discípulos, próximos parientes suyos, lo servían; tenía por alimento el de los ermitaños indios: semillas, cardos, miel, higos, otras frutas, todo escaso para no interrumpir las meditaciones sobre la naturaleza divina. Así es que se quedó extenuadísimo.

Muchos amigos vinieron á visitarlo, admirando su perseverancia; pero la humildad no le permitió aceptar de ellos ningún servicio, y á duras penas permitió que un *Braman*, pariente suyo, le llevase yerba *guscha*, para renovar la cama. Finalmente, consintió en moderar aquel rigor, y permitió que se llevase á aquellos contornos un rebaño de quinientas vacas que suministrasen leche para él y sus compañeros. La leche lo restableció de tal modo que parecía un yunque limpio y dorado.

Lo visitó en el desierto *Kako Mansu*, príncipe de los grandes monos, que se había habituado á su vecindad, y el cual oyendo que á *Gotama* se llevaban regalos de alimentos y bebida, recogió el mismo panales de abejas silvestres é higos, y los presentó al santo por cena. Este, según costumbre, lo roció todo con agua santa y comió, de lo que se recogió tanto el rey de los monos, que brincando de alegría se cayó en un pozo y se ahogó. En memoria de esto se fundó el *santo lugar de los alimentos ofrecidos por el mono*.

Deva-data manifestó su ira á su sobrino *Gotama*, llevándolo á aquellos contornos un elefante domesticado, embriagado con vino de coco, atándole después dos cables cortantes á los colmillos y lanzándolo hácia *Gotama*, creyendo que se enfurecería contra él. Pero alzó el santo los cinco dedos, y el elefante creyendo que era un león se detuvo. Por esto se instituyó el *lugar santo del furibundo elefante aquietado*.

Algun tiempo después buscó *Gotama* una soledad más recóndita, acompañado de solos dos discípulos, uno hijo de su primer maestro *Chari*, y el otro llamado *Molon Toin*. Allí se le presentaron dos antagonistas, y con fingida modestia le dijeron: *Gotama: ¿qué creencia es la tuya? ¿quién ha sido tu maestro y tutor? ¿de quién has recibido las órdenes sacerdotales? Gotama contestó: Soy santo por mi propio mérito. ¿Qué tengo yo que ver con otros maestros? La religión penetró en mí. Si otra cosa deseáis saber, tornaos á mis discípulos que os informarán.* De aquí se originó una violenta disputa, y los dos antagonistas quedaron vencidos; en prueba de lo cual se levantaron, extendieron una alfombra é invitaron á sentarse en ella á sus vencedores.

Muchas tentaciones molestaron á *Gotama*. Cuatro hermosísimas hermanas se propusieron obtener de él recompensas de amor, y se le pusieron delante en su natural belleza. Una mirada suya demostró su firmeza incontestable; un ademán las avergonzó como si fuesen viejas é indignas mujeres. En su impudico rencor le preguntaron: ¿Quién es el mentiroso que dice que en ti residen las virtudes de todos los santos anteriores? — *Ved aquí mi testimonio*, respondió él, y golpeando la tierra con la mano apareció *Okiin-tengri*, genio tutelar de la tierra, exclamando á grandes voces: *Yo soy testigo de la verdad*. Las deshonestas jóvenes se postraron entonces adorando á *Gotama* y diciendo: *¡Faz perfecta y pura, sabiduría preferible al oro, impenetrable majestad! honor y adoración á ti, fuente de la fe de las tres edades del mundo.* Entonces fué consagrado el *lugar santo de la liviandad vencida*.

Habiendo vivido seis años en el retiro, anunció *Gotama* á sus discípulos que superadas todas las tentaciones mundanas, y obtenido el mayor grado de perfección necesaria á los santos, estaba ya en el caso de difundir su doctrina y el conocimiento de la Divi-

nidad por el mundo. Por todas partes se habló de la mutación de *Gotama*: algunos adversarios afirmaron que deliraba; otros que de mala gana había abandonado el trono paterno, y que un nuevo amorio era la causa de su conducta; pero los más confesaban su milagrosa santidad, y le dieron los títulos de *Burkan bakchi* (divino maestro), y de *Sakia Muni*. Reunidos sus cinco discípulos, les dijo entonces: *El precioso tesoro de mi santidad y de mi nueva ley no puede obrar súbitamente sobre los entendimientos; moderad, pues, vuestro celo de conversión; ante todas cosas es preciso sujetarse á un ayuno espiritual.* Y volvió al desierto, en donde pasó cuarenta y nueve días, constantemente ocupado en oraciones nocturnas y continuos ayunos.

Al cabo de estos cuarenta y nueve días lo visitó el poderoso *Eruswa-tengri* en su retiro, presentándole para las oraciones una *hurda* ó rueda de oro de mil rayos, y lo excitó á entrar en la vía de preceptor divino del género humano. *Tú no te sometiste al doloroso estado de penitente por el bien de tu persona, sino por el de la humanidad; ruegote, pues, que comiences á difundir la salud por los pueblos del universo.* No por esto se resolvió.

Otro rey de la raza de *Maha Ransa* fué con gran pompa á visitar al santo, y le ofreció ocho joyas, con estas palabras: *Soberano de potencia ilimitada, gran héroe, vencedor de todas las tentaciones, te rogamos que con tus saludables instrucciones te dignes acelerar el bien de la humanidad.*

Pero esta súplica tampoco tuvo efecto, hasta que *Kur-musta-tengri*, acompañado de treinta y tres príncipes de los genios, se le presentó para adorarlo. Entonces, entregándole un *dung* (gran caracol á modo de trompeta), le dijo: *Inventor del remedio más eficaz y del agua de vida, libra al fin de la miseria á los que han sido creados para padecer; y haz que resuenen tus celestes instrucciones en los oídos de los hombres sepultados en las tinieblas de la muerte.*

Los cinco discípulos de *Budda* exclamaron entonces maravillados: *El maestro es verdaderamente santo: hagamos nuestra primera adoración.*

Era el momento de su prueba, todos fijaron la vista en su semblante para convencerse de su santidad. *Yanqui Godinia* fué el primero cuya fe venció toda duda; cayó de rodillas y adoró al maestro, rindiéndole honores divinos y dando nueve vueltas alrededor de su tienda. Los otros cuatro discípulos lo imitaron adorando á *Sakia Muni*, y habiéndose presentado á él dijeron: *Si eres el más santo de los hombres, dignate sentarte en el trono de los santos de la edad pasada, levantado en Varnasi; y principia á desempeñar tu vocación de maestro universal.* Entonces el santo, en cuyo rostro resplandeció una majestad divina, cedió á sus instancias.

Habiéndose trasladado á *Varnasi* para hacer su entrada, dió tres vueltas en torno, absorto en contemplación ántes de subir al trono de *Osischilungui Ebekehi-burkan*, de *Altan Sidachi* y de *Geriti Sakik*, fundadores de las tres precedentes épocas religiosas. Entonces se fundó el *lugar santo del trono primitivo de todos los santos*.

Sakia Muni permaneció al principio desconocido, ocupado en los preparativos de su nuevo estado; y acompañado de sus discípulos fué primero al Océano, atravesó los desiertos, y en secreto recitó los conjuros necesarios.

Los grandes del imperio iban á visitarlo cuando pasaba por sus inmediaciones. Un día llegaron cerca de él dos mercaderes con una caravana de quinientos individuos, y elefantes cargados de mercancías; y cuando lo vieron le ofrecieron vasos de oro y plata llenos de piedras preciosas, y en actitud de adoración dijeron: *Señor, somos una caravana de quinientas personas, hacéndonos merced de comunicarnos las oraciones que debemos rezar para el buen éxito de nuestra em-*